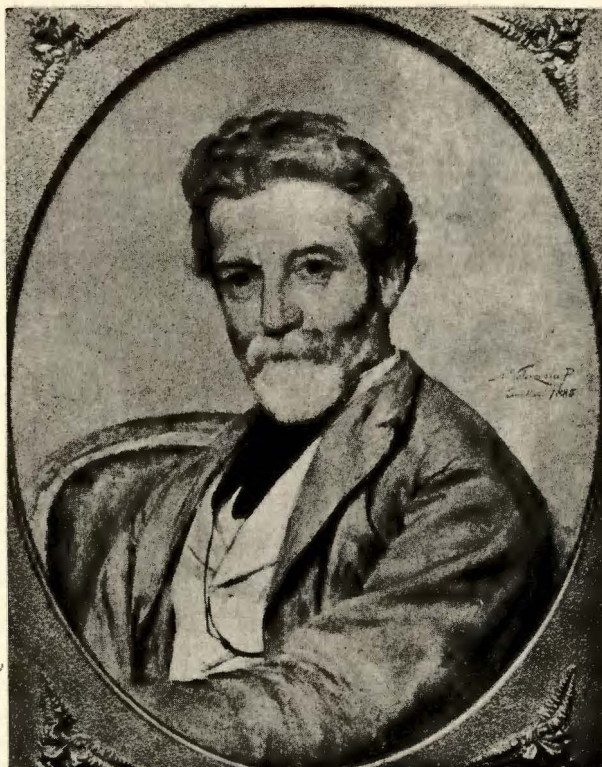


VALENZUELA



PUELMA

Retrato de Mochi

CARLOS Ossandón Guzmán, ha consagrado un bello libro a la memoria de Alfredo Valenzuela Puelma, en el 25° aniversario de su muerte. Es un merecido homenaje al artista cuyas obras han logrado perdurar, porque significan un aporte legítimo a la pintura chilena.

En sus páginas se perfila en toda su magnitud la silueta del pintor. Rasgos sobresalientes de su vida atormentada y llena de una patética inquietud hacen que el lector formule la eterna pregunta: «¿Acaso existe un influjo secreto y directo entre el contenido de la obra y el desarrollo de la existencia del artista?» O bien: «¿La exteriorización artística queda al margen de los acontecimientos cotidianos y marcha alimentándose con otras substancias ocultas que no tienen relación con la modalidad del artista?»

He aquí, pues, el dilema que se plantea el lector frente a la vida de Valenzuela Puelma,

narrada en el libro de Ossandón Guzmán, quien nos lo muestra como un ser atormentado y visionario.

El retrato espiritual tiene contornos y relieves acusadores. La obra, empero, revela una extremada justeza de su visión plástica y una equilibrada y sincera expresión pictórica frente a los motivos.

Innumerables veces hemos contemplado cuadros de Valenzuela Puelma, ya en el Museo Nacional, ya en galerías particulares y siempre hemos constatado a través de ellos la existencia de una serena y equilibrada expresión emotiva. «La Lección de Geografía», «La Perla del Mercader», por ejemplo, nada tienen que evidencien el estado de alma, lleno de tormento y angustias que fué lo característico en la vida de este artista. Antes bien, se muestra como un espíritu discreto en sus entusiasmos y absolutamente consciente del significado de su pintura la que obedecía al pleno dominio de su capacidad y de su saber.

De estas observaciones emanan, pues, el conflicto y las conjeturas que el espectador, que conoce la vida de Valenzuela, pueda hacerse ante sus cuadros.

Interpretemos, por tanto, su obra como el resultado de una conciencia plástica definida y disciplinada. Ella es considerable, tanto por su significado plástico como por lo variada y numerosa.

Uno de sus primeros cuadros «Jesús y Santo Tomás», expuesto en un Salón de Santiago, lo consagró en definitiva para la carrera del arte; ya en 1880 era admitido en el Salón de París y desde entonces no cesó un momento de producir.

Primaba en el artista un concepto absolutamente pictórico, antes que la información gráfica de la realidad objetiva del modelo y del asunto.

A este respecto Ossandón relata en su libro un pasaje de la vida del pintor que pone de manifiesto su modo de sentir el arte. Había

atendido el encargo de un retrato de niña tocando el piano y se vió solicitado, en el transcurso del trabajo, por la madre de la retratada para que agregara en la composición otros elementos que, como veremos resultaban vulgares para el pintor. Terminado el cuadro, Valenzuela se negó a firmarlo diciendo: «He cumplido el encargo; cada objeto está perfectamente pintado, pero el total está mal compuesto; yo no siento este cuadro como mío y no lo firmo mientras no se me autorice para borrar este jarrón y esta silla, que son unos mamarrachos!!».

El artista prefería las verdades plásticas que su discernimiento estético le iba revelando y desdeñaba lo pueril que importara realismo copista. De ahí la profundidad y el valor efectivo de su arte.

Aquellos que, para defender una escuela que se informa en la captación fotográfica de los elementos, quieren poner a Valenzuela Puelma como un representante genuino, ar-



gumentando la sinceridad del pintor frente a la realidad objetiva, incurren en un lamentable error de apreciación; porque lo predominante de su obra es lo otro: la actitud de viviente interpretación, creadora de revelaciones puramente pictóricas, lo cual no tiene relación con la servil imitación «del natural».

En abono de cierta afirmación que se hace frecuentemente acerca de la honradez artística de Valenzuela Puelma, se dice que exigía de sus modelos «poses» prolongadas y fatigosas.

Este hecho no define, a nuestro juicio, el deseo de retratar fría y escuetamente el modelo; sino que demuestra la intensa tarea de interpretación, la búsqueda de algo que está más allá de las simples formas y colores exteriores, tal vez revelaciones psicológicas, gestos, en una palabra: carácter.

Esta preocupación persiste a través de toda su obra, desde sus primeras telas hasta sus últimos trabajos.

Como todo estudioso que busca con afán el perfeccionamiento en su carrera, Valenzuela Puelma sufrió diversas influencias. Los maestros que figuran en el Romanticismo francés, se presienten a veces, cuando resuelve problemas de composición y hace vivir los personajes de sus cuadros en un ambiente de cálido lirismo.

Sus maestros estaban en el Louvre. Con elocuencia le hablaba Ingres de lo que significa la realidad y de cómo deben transfigurarse los elementos según la idea latente que el ar-

tista concibe de antemano en su cerebro. No está ausente tampoco en la obra de nuestro pintor el aporte magnífico del genio de Delacroix en cuyas realizaciones interviene espontáneamente la imaginación creadora, controlada, por cierto, por las observaciones de la naturaleza y de la vida, rica en sugerencias y posibilidades.

La fuerza y el vigor de Velásquez se pueden vislumbrar asimismo en la obra de este artista ecléctico, quien por ese gran maestro se dice que sentía legítima admiración.

La pintura chilena, no obstante haber experimentado una lógica influencia de escuelas y tendencias diversas, que han contribuido a fijarle su fisonomía, cuenta con destacados valores que han acentuado lo que en ella pueda haber de original y novedoso.

A una nueva generación corresponde ahora la tarea de valorar la obra de los que han concurrido a enriquecerla y esa generación, mirando el panorama artístico del pasado, señala a Valenzuela Puelma como una personalidad digna del más fervoroso homenaje y estima su obra como una manifestación plástica viva y perdurable.

Armando Lira

Profesor de la Facultad de Bellas Artes